

Klaus Meschkat y José María Rojas, compiladores.
Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética.

Bogotá: Taurus / Fescol, 2009. 845 páginas.

[326]

El voluminoso libro que compilan Klaus Meschkat y José María Rojas cubre más de 170 documentos sobre las relaciones de la izquierda colombiana con la Internacional Comunista entre 1927 y 1933, seleccionados de los archivos de la ex Unión Soviética (y unos pocos del archivo del, por ese entonces, ministro Ignacio Rengifo). Las primeras 80 páginas corresponden a dos introducciones de los compiladores en las que presentan el contexto del texto y algunos rasgos del liderazgo revolucionario de esos años. Por tanto, el grueso del libro, casi 750 páginas, corresponde a los mencionados documentos organizados en once capítulos.

Aunque lo lógico sería comenzar esta reseña por el inicio, es decir, por las introducciones —las que se prestan a más debate—, prefiero iniciar con un análisis de los documentos —objeto del libro—. Y es que, sin demeritar las explicaciones de los compiladores, la riqueza del libro radica en la documentación aportada. No deja de ser llamativo el que se publiquen documentos históricos, algo que en la era de internet se pensaba superado; precisamente allí está su novedad. Sin duda, *Liquidando el pasado* es un impresionante registro de fuentes primarias sobre la historia social y política colombiana de finales de los años veinte y comienzos de los treinta. El libro sorprende a los historiadores que nos quejamos de que no hay mucha información sobre los sectores subalternos o los “de abajo”. Claro que es una documentación “desde abajo” particular, porque es producida por intelectuales obreros, artesanos y personas de capas medias, y mucha de esa documentación se refiere a la estructura organizativa de los partidos de izquierda del momento: el Partido Socialista Revolucionario (PSR), creado en 1926 y transformado en 1930 en el Partido Comunista de Colombia (PCC). El libro, por tanto, contiene rica información sobre congresos, plenos de la dirección, reuniones de células y correspondencia burocrática en general, pero también hay abundantes narraciones sobre huelgas, marchas, movilizaciones y levantamientos armados. Estas fuentes arrojan nueva información histórica que debe ser cuidadosamente sopesada por los investigadores del pasado, pues no todo lo que dicen los testigos se puede tomar ingenuamente como verdad revelada, y seguramente propiciará nuevas interpretaciones.

La selección hecha por los compiladores se circunscribe a siete años (1927-1933),* periodo crucial para la historia mundial y de Colombia, así como para las organizaciones de izquierda en el país. Claro que, como ocurre con todo corte temporal, el que aquí se hace deja por fuera el antes y el después, elementos

* Aunque hay un documento de 1925 sobre un supuesto Partido Comunista fundado el año anterior.

que siempre están en la mente del historiador. Después de la lectura del libro de Meschkat y Rojas, uno se pregunta: ¿quiénes eran, de dónde venían y qué pasó luego con Raúl Eduardo Mahecha, Alberto Castrillón, Tomás Uribe Márquez, María Cano, Ignacio Torres Giraldo, Guillermo Hernández Rodríguez, Rafael Baquero o Gilberto Vieira? Se sabe algo más de la trayectoria posterior de los últimos, pero, en general, se conoce poco sobre sus orígenes. ¿Qué ocurrió luego con el PCC y la izquierda colombiana en general? Encontramos en estos documentos premoniciones de hechos futuros, construimos analogías con el presente, juzgamos a los actores por sus conductas posteriores y, en fin, cometemos anacronismos —“pecado” de los historiadores que termina siendo inevitable, por lo que debemos estar siempre alertas—.

[327]

La abundante información de esos siete años —a mi juicio— se produce por el impacto internacional que tuvo la huelga de la zona bananera de fines de 1928, dadas sus dimensiones —los cálculos oscilan entre 10.000 y 30.000 huelguistas, lo cual es una cifra significativa no solo para la época— y, en especial, por la masacre de la madrugada del 6 de diciembre —sobre la cual no daré cifras precisas, pues es parte de la disputa histórica, ¡pero que sin duda fue una masacre!—. La Internacional Comunista (IC), que había afiliado al PSR en 1928 sin mucho interés, descubre a Colombia por ese hecho y comienza a prestarle atención, como se constata por el encuentro de partidos comunistas latinoamericanos realizado en Buenos Aires a mediados de 1929. Para bien o para mal, desde ese momento se estrechan las relaciones entre la IC y su sección en Colombia. ¿Cómo leer estas relaciones? O, en otras palabras, ¿cómo interpretar los documentos aquí presentados? Los compiladores nos proponen unas claves, especialmente en torno a la imposición del estalinismo, pero antes de abordar este tema quiero proponer otras dos posibles lecturas no desligadas entre ellas.

Ante todo, en *Liquidando el pasado* se puede leer un GRAN JUICIO de la IC contra los revolucionarios —socialistas y comunistas— colombianos y algunos extranjeros que estaban por esos años en el país. El fracaso de la huelga bananera y del levantamiento “bolchevique” de julio de 1929 pone al PSR en la picota internacional; era necesario buscar los culpables para “liquidarlos”. La IC y, en concreto, el secretariado latinoamericano desde Moscú con sus aparatos regionales —el Suramericano en Buenos Aires o el Buró del Caribe en Nueva York— eran los jueces* y, al mismo tiempo, eran los fiscales. Las directivas de los partidos fueron simultáneamente jueces-fiscales y acusados. Por ejemplo, el 8 de marzo de 1931, el gran dirigente del PSR ahora caído en desgracia ante la IC, Tomás Uribe Márquez, elabora lo que llama una “carta-proceso” en su defensa, pero también él acusa (pp. 637-652). En realidad, todos los que escriben estos documentos hacen un poco de ello, claro que con distintos estilos —como

* Así lo dice un documento explícitamente en 1931 —p. 653—, pero también en muchos otros flota esta idea.

veremos en la segunda clave de lectura—. Además, en este gran juicio contra el socialismo revolucionario y sus secuelas hay muchos testigos que acusan y se autoacusan apelando a una “verdad histórica”, que tenía más de judicial que de histórica. La forma más común usada en esas narrativas fue consignar —por escrito o en reuniones de directivas— una versión de los eventos en la que protegían o defendían a unos, atacaban a otros y, en general, se justificaban a sí mismos, mostrándose como los verdaderos héroes de la jornada.*

[328]

En algunos casos, la defensa aduce que el texto o actuación enjuiciada debe leerse de otra forma; es decir que todo podía tener otra interpretación, como de hecho la tuvo. Bien fuera por las condiciones de represión, o por la incompreensión de eventos que ocurrían rápidamente, o por las distancias geográficas que impedían que llegaran informes u órdenes en forma oportuna, había siempre un subtexto detrás del texto, una explicación de lo inexplicable. Así se trataron de disculpar varios pronunciamientos sobre la huelga bananera:** la declaración del mismo partido presidido por M. Prieto, que apelaba a quienes pudieran influir en el gobierno para que a los insurrectos bolcheviques se les considerara delincuentes políticos y no cuadrilla de malhechores (p. 245); o la suplica que hace Alberto Castrillón al Congreso colombiano para que se le deje libre (cap. v); o el pacto electoral de Tunja con los liberales en 1933 —que se firmó a pesar de que se niegue su existencia— (cap. xi); o el extraño viaje, en el mismo año, de Guillermo Hernández Rodríguez y su compañera Inés Martell a Nueva York con escala en Colón, para quedarse en la casa del cuñado de Inés, quien era el jefe local de policía (!) (cap. xi). ¿Será que en este juicio, también, la primera víctima fue la verdad? Sin poder avanzar más en este punto, porque nos llevaría a honduras epistemológicas que no son del caso en esta reseña, es claro que la interpretación de los eventos nace desde su misma presentación inmediata y que los auditorios a los que se dirigen los testigos también cuentan, como ocurre en todo juicio.*** Estos testimonios cuasijudiciales tratan de establecer hechos, citan otros testigos, dan cifras —por lo general imprecisas y disputadas— y lanzan fuertes acusaciones con duros epítetos de corrupto, inmoral, chantajista, traidor, contrarrevolucionario u oportunista, para solo citar los más frecuentes. Pero lo más dramático de este gran juicio es la exigencia por parte de los jueces-fiscales de una confesión, que en el lenguaje de la época se llamó “autocrítica”. En este caso, el testigo se autoinculpa para arrepentirse mientras hunde a sus compañeros de lucha, lo que para todo fiscal es invaluable sobre todo para “liquidar” a

* En especial sobre la huelga de las bananeras hay interesantes documentos que se disputan la interpretación de ese evento.

** Torres Giraldo la llamó un “conflicto simplemente económico y jurídico” (p. 136) y la dirección del PSR justificó su acercamiento al gobierno para evitar la masacre (p. 142).

*** Por ejemplo, las exageraciones de Mahecha en la conferencia de Buenos Aires en 1929 (cap. III).

los enemigos. En síntesis, es un juicio en el que no solo la verdad es sacrificada, sino que daña las relaciones de camaradería y envilece a unos seres humanos que, desde otro ángulo, fueron héroes.

Esto nos lleva a la segunda clave de lectura de *Liquidando el pasado*: en la documentación aflora la distinta “condición humana” de un grupo de hombres y mujeres excepcionales; seres que se sacrificaron por una causa sufriendo persecuciones y privaciones, aunque también tuvieron pequeñas satisfacciones, pues el poder —por pequeño que sea— causa fascinación. Pero no se pueden representar estas disputas como meros enfrentamientos personales o una pelea sin sentido: era una disputa política, alimentada por los métodos e ideologías de la izquierda del momento.

Todos los que de una forma u otra participaron en este juicio aportaron su granito de arena al envilecimiento de los otros. Pero claro que no todos lo hacen de la misma manera, no solo por la forma del discurso, sino por el tipo de acción que emprenden: hubo delaciones —no muchas, pero las hubo—,* espionaje mutuo, correspondencia violada, solidaridades que se convirtieron en traiciones, defensas en acusaciones, alianzas entre grupos que cambiaron de bando y demás pequeñeces humanas. Pero también hubo grandezas, actos de coraje y dignidad encomiables. Algo va de la autocrítica de Ignacio Torres Giraldo, en carta de marzo de 1931, a la carta de María Cano del 2 de octubre de 1930. En la primera, Torres Giraldo se confiesa parte del grupo “putchista” y se muestra de acuerdo con “liquidar” esa herencia,** comenzando por la expulsión de su antiguo jefe y amigo, Tomás Uribe Márquez. María, por su parte, no discute el cargo de putchista, que, en caso de ser cierto, fue resultado de una decisión colectiva del PSR y no de tres personas, y abiertamente niega que se haya marginado de las luchas reivindicativas y democráticas por privilegiar la insurrección. Lanza una lúcida crítica al hablar del juicio a Moisés Prieto —antiguo secretario del PSR—: “al analizar las situaciones [de él] se analizó solo al hombre y muy someramente a estas” (p. 573). Y dignamente declina hacer parte de la suplencia del Comité Central (cc), dada la gravedad de las acusaciones.***

[329]

* Así, un tal Cárdenas delató a Uribe Márquez, por lo que fue apresado a principios de 1929 (Documento del Archivo Rengifo, publicado en las pp. 177-179).

** En realidad, Torres Giraldo hará varias autocríticas obligado por sus superiores, pero eso no bastará para borrar las dudas que sobre él recaen. A la que nos referimos es a la primera, que estrictamente tituló: “liquidemos todo el pasado de nuestros errores” (p. 617). Torres Giraldo no fue el único en usar esta dura expresión. En el pleno de julio de 1930, cuando el PSR se transforma en PCC, el camarada argentino que estuvo presente —Rosales (y del cual Uribe Márquez dijo que era el único extranjero que los había entendido)— concluyó: “vamos a liquidar todo un pasado del partido” (p. 507).

*** Claro que sorprende encontrarla haciendo parte del cc en 1933, seguramente por cooptación, debido a la cantidad de expulsiones de ese órgano directivo para ese año.

Por último está el asunto del “estalinismo” creciente de la IC y su imposición a las secciones nacionales por medio de la homogeneidad ideológica y organizativa. Sin duda, es algo que se percibe en los discursos y prácticas de esos siete años. Pero, como dice Meschkat en su introducción, hay que estudiar más el estalinismo y obviamente en un lapso mayor de tiempo del trabajado en este libro. Hay preguntas que no se responden, como, por ejemplo, qué es realmente el estalinismo, qué tanto se diferencia del leninismo y cuándo realmente comienza la dictadura que Meschkat llama “terrorista” en la URSS (p. 21). El libro da claves, pero, obviamente, el tema del estalinismo lo rebasa.

Algo que muestran los documentos publicados es que esa imposición desde arriba tuvo resistencias desde abajo, con niveles que se intercambian: las bases se resisten ante las directivas locales y nacionales, y estas, ante los órganos de la IC. Mahecha, por ejemplo, siempre insistió en la necesidad de captar la mentalidad propia de los colombianos, aunque lo sugería con un cierto dejo racista (p. 281). Uribe Márquez recavaba en las particularidades del país y consideraba que disciplina no equivalía a incondicionalidad, por lo que defendió la necesidad de una actitud crítica ante las órdenes de arriba (pp. 642 y 646). El mismo Castrillón, tan obsecuente con la IC, la acusó de sufrir una desviación derechista (p. 324). Si estas resistencias se pueden atribuir a los disidentes, es bueno considerar las de quienes estuvieron en el poder temporalmente en el PCC: tanto Baquero —dos veces secretario— como Hernández Rodríguez y el mismo Vieira tuvieron palabras duras para con las instancias regionales de la IC, especialmente porque no cumplían con los compromisos económicos anunciados. Esto, obviamente, les causó problemas, y explica en parte sus ascensos —cuando eran obedientes— y caídas —cuando eran críticos—.

Por supuesto que en esta pequeña historia del estalinismo colombiano, además de resistencias, hubo aceptación del papel de liderazgo y arbitraje de IC, al igual que adaptación, como lo señala José María Rojas en su introducción: “obedecer formalmente y no obedecer realmente” (p. 76).^{*} En síntesis, la imposición estalinista existió, pero no fue fácil y siempre fue incompleta y disputada con diversos grados de consecuencia y coherencia —de nuevo aquí aflora la condición humana de cada quien—. Estas son algunas lecturas de este rico libro. Quedan infinidad de preguntas sin respuesta, pero dejemos que la investigación histórica avance para responderlas.

Para culminar esta reseña, debo destacar la labor de los compiladores. No solamente hacen la selección de documentos —tarea nada fácil en el universo de fuentes consultadas—, sino que comentan los documentos con oportunas anotaciones a pie de página, aunque hay algunos desfases en los recuentos biográficos de personas que ya se han mencionado antes. Las introducciones que

* Lo que no es sino una reproducción del estilo colonial: “la ley se acata pero no se cumple”.

realizan los compiladores son de gran utilidad y obviamente polémicas, pues caen en el terreno de la interpretación. Ya he comentado algo sobre la discutible caracterización del estalinismo realizada por Klaus Meschkat. La aproximación al liderazgo socialista de los años veinte, y, en especial, los cuatro perfiles de dirigentes que hace José María Rojas son muy sugestivos, pero son solo el inicio de un trabajo de largo aliento que esperamos continúe el autor.

Enhorabuena se publica este libro. Ojalá salgan otros que aporten más documentación para construir nuevas interpretaciones de periodos, instituciones y personas claves en nuestra historia, especialmente la de los sectores subalternos, que poco han figurado en ella.

[331]

MAURICIO ARCHILA NEIRA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá
marchilan@unal.edu.co

Max S. Hering Torres, editor.

Cuerpos anómalos.

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2008. 299 páginas.

El cuerpo humano no es solamente una entidad biológica regida por leyes naturales, ni simplemente el conjunto de órganos y huesos que lo constituyen. De forma fundamental, los cuerpos son, a la vez, contenedores de percepciones y significados, un medio de expresión y un lugar de intervención, control y domesticación. Es en ellos donde saberes, culturas y poderes confluyen y se expresan. Así lo han entendido un gran número de trabajos que desde las ciencias sociales han convertido al cuerpo humano en campo privilegiado de estudio. Hace ya casi 20 años que el historiador de la medicina Roy Porter señalaba las enormes oportunidades analíticas e interpretativas que el estudio del cuerpo ofrecía.* Porter destacaba el necesario carácter interdisciplinario que implicaba este nuevo objeto de análisis y algunos de los campos potenciales para su estudio histórico: el cuerpo como condición humana; la forma del cuerpo; la anatomía del cuerpo; cuerpo, mente y alma; sexo y género; el cuerpo y la política del cuerpo; el cuerpo, la civilización y sus insatisfacciones. Desde que Porter escribiera su artículo “History of the Body” en un libro que intentaba aportar nuevas perspectivas para la escritura de la historia, los trabajos sobre este tema se han multiplicado, corroborando sus potencialidades y consolidando el cuerpo humano como objeto de estudio interdisciplinario. La historia de la ciencia y la medicina, la antropología, la historia cultural, los

* R. Porter, “History of the Body”, *New Perspectives on Historical Writing*, ed. Peter Burke (Cambridge: Polity Press, 1992): 206-232.